

36-URIB 13

EN LA FRAGUA

Política, Religión, & c.

Juan de S. Uribe

BIBLIOTECA NACIONAL
EUGENIO ESPEJO

2.250

QUITO

Imprenta de "El Pichincha"

1896

Juan de S. Uribe

ABRO EL LIBRO

A mi llegada á Quito, en Octubre de 1895, trabé amistad con Miguel Aristizábal y César Montalvo, redactores de *El Pichincha*, diario escrito con vigor y audacia, propio de la efervescente Guayaquil y raro en la zona del liquen religioso, desabrigada para la aclimatación de las ideas radicales. En tan gran convento, un periódico rojo como una bandera empapada en sangre, era una sorpresa para el viajero algo imbuido en la idea tradicional de que en Quito no medra sino lo que baja de la Dictadura ó sale de la Iglesia; y la circunstancia de haberse ido el General Alfaro en esos días para la Costa, y dejado este periódico como órgano semioficial del Gobierno, me daba á entender que era del beneplácito de todos los vencedores, quienes habían resuelto dar á la prensa la resonancia de las batallas para precipitar el éxito. No era así; la hoja de mis

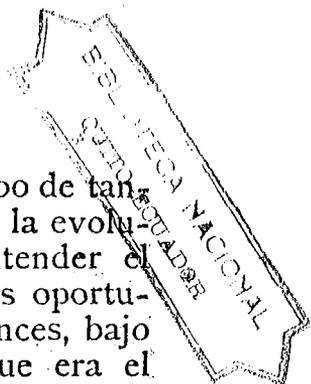
amigos tenía sobre el odio muy natural de los conservadores, la inquina de una gran parte de los liberales, desacostumbrados al ruido que hace el pensamiento cuando vuela suelto y libre; y *El Pichincha* emprendía una exploración arriesgada por su cuenta y riesgo, en la cual adquirió una celebridad contenciosa. A la circunstancia de haberle seguido con interés, debo, sin duda, el que el señor Aristizábal me pida algunas palabras de introducción para el presente volumen, donde están coleccionados los materiales del periódico. Cumpla la honrosa tarea con gusto, aunque deploro, por mí mismo, tener que ir de prisa, pues sólo se esperan estas líneas para que circule el libro el 9 de Octubre, que es el aniversario de la proclamación de la independencia en Guayaquil, y la fecha convenida para la instalación de la Asamblea Constituyente.

Me ocuparé en estudiar la *oportunidad*, que yo rechazo como un criterio liviano para conseguir el bien público. Se acomoda á mi objeto, porque *El Pichincha* fué tachado de inoportuno en su brega por las reformas, después de la guerra de 1895.

El 9 de Octubre viene al caso, así como el 20 de Julio de 1810, porque prueban que la *oportunidad* no es el criterio de los grandes hechos, y que los próceres de la Independencia no se estuvieron tomándole el pulso á la Colonia para proclamar la libertad de los pueblos. Hubiéranlo hecho, y se habrían abstenido de

tan temeraria empresa, pues si al cabo de tantos años las masas no han llegado á la evolución mental que se necesita para entender el gobierno propio, según los sociólogos oportunistas, menos lo comprenderían entonces, bajo el régimen de apócope intelectual que era el medio de gobernar España. Los que tuvieron la visión del bien, se fueron tras ella, ateniéndose á la convicción íntima, sin pesar los peligros en la balanza química que ahora se acostumbra; y la guerra de Independencia que nos asombra, fué una serie de batallas sin más filosofía inmediata que la muerte en el azar de las espadas. Los libertadores sintieron el mal y lo sacudieron como una carga indigna; no conocían la guerra, y se formaron capitanes ilustres; no tenían soldados, y los pidieron á la casualidad, y cuando les faltaron armas, fabricaron de una piedra un ariete, de una estaca una lanza y un obús de la cavidad de una guadua. Nos redimieron de la Metrópoli así, para confusión de los oportunistas, pues si aquello fué justo, debemos imitarlo, y si fué un error, no debemos conmemorar estos aniversarios. La simplicidad de los hechos vale más que la sabiduría novísima que amansa el ánimo, y yo prefiero al filósofo que me deja con los brazos cruzados, el bruto intrépido de cuatro patas, el perro de San Bernardo, que se va derecho á la nevasca y salva por la melena al peón de los Alpes.

Después de los libertadores, los fundadores.



Los españoles legaron á la América independiente los vicios de su raza, fanática en religión, servil en política, sanguinaria en guerra, haragana en industrias, nula en ciencias, hueca en literatura, aventurera, covachuelista, sutil y teológica. La Independencia barrió á los peninsulares, pero ellos dejaron la simiente en la religión, las leyes y las costumbres, y apenas terminada la guerra magna, los guerreros se arrogaron los derechos del Rey á título de libertadores, y se continuó la explotación con el solo cambio de fórmula, pues la violencia autorizada antes por el Monarca, se hizo derivar ahora del pueblo; y sin parar en esto, algunos pensaron en importar un Príncipe de sangre ó en improvisar una dinastía criolla, por parecerles aventurada la república. Los más encumbrados por las armas no se familiarizaban con la libertad, que tiene consecuencias niveladoras: la contenían, la destruían. El catolicismo que era la matriz de la tradición estaba incólume. Los indios y los negros eran esclavos por distintos modos. La herencia española se recibió, pues, por inventario. A dejar las cosas seguir su curso ciego, habríamos tenido los males de la Colonia, agravados por el desorden y la impericia de los nuevos agentes; pero algunos espíritus lúcidos y audaces, que fueron los radicales de su tiempo, evitaron semejante desdicha; se apoderaron de las ideas, las opusieron á la fuerza bruta, al prestigio de la gloria militar, á la nombradía de los capitanes, á

la rutina de los ciudadanos—á lo antiguo y lo reciente—y despertaron donde quiera un gran sentimiento popular de apego al derecho. Formáronse hombres nuevos de la noche á la mañana, redimidos del legado español y de la obseción criolla, á tal extremo celosos, que con la punta del puñal se atrevieron al más brillante de los dictadores. Si alguna vez no hubo oportunidad, como lo entienden los evolucionistas á todo trance, fué entonces, con antecedentes tan viciados, en un medio tan hostil, sin estímulos y con éxito inseguro. Comprendieron aquellos hombres que el progreso es una abreviación de los sucesos, y procedieron en consecuencia, sin mirar hacia atrás y sin miedo, con lo cual nos enseñaron á ir adelante, caiga el que caiga, como aquellos jinetes de Ney, que rellenaban los fosos con sus cuerpos para facilitar las cargas de la caballería épica.

Desandamos mucho en vez de avanzar, por la tendencia despótica y clerical de los conservadores, y debido á los oportunistas liberales, que adulan la barbarie de los pueblos con el pretexto de no forzar las costumbres; pero son tan eficaces los impulsos enérgicos, que por más que la reacción se haya hecho gobierno monárquico en algún país, queda el sentimiento republicano poderoso, vigilante y decidido á restablecer la obra de nuestros padres, como lo hizo el Ecuador, por medio de las armas. Este aniversario del 9 de Octubre, jamás se ha celebrado con más lógica que en estas circuns-

tancias, cuando los ciudadanos rasgan la camisa de fuerza y se arrojan en brazos de los próceres, fortalecidos por la experiencia y lleno el corazón de promesas magníficas para el tiempo futuro. Nunca, como hoy, fulgura para los ecuatorianos el 10 de Agosto de 1809; pero ¡ay! nuestro 20 de Julio cuán otro!

Allá en Colombia se canta el Te-Deum del Arzobispo traidor Caballero y Góngora, como en Cipaquirá en 1771, para apoderarse de los Comuneros, que fueron los precursores de 1810; se abren las Cámaras legislativas en Bogota, como el 20 de Julio el Cabildo del Pueblo, pero en vez de entrar á las deliberaciones Camilo Torres y Acebedo Gómez, seguidos de varones eminentes, penetran al recinto de las leyes los regeneradores con sus libreas de lacayos; en las plazas no se congrega el pueblo para saludar su rescate, sino los batallones de la guardia mameluca, que llevan en las puntas de las bayonetas el viático de la muerte; los mozos no vuelan á empuñar las armas contra Fernando VII, se esconden de los alguaciles de la República que los compelen al delito; y aquellas mujeres de Santa Fe, sanas y alegres, que se guardaron en el seno el chapín de la Virreina prófuga, agachan la cabeza en el sufrimiento, entran y salen de la Iglesia como unas fantasmas. Sólo nos queda de aquella época el virrey Amar y Borbón en el palacio de San Carlos, entre pajes, rufianes y bufones; y después tenemos del tiempo heroico, á Simón Bo-

lívar, en Rafael Reyes; á Sucre, en Nepomuceno Mateus; á Zea, en Jorge Holguín; á Nariño, en Marco Fidel Suárez; á Santander, en Pedro Bravo; á Córdoba, en Miguel Montoya; á Girardot, en Moya Vásquez; y, ¡oh sorpresa! á la inmaculada doncella Policarpa Salavarrieta en la persona de Soledad Román de Núñez! ¿Y para qué queremos *El Semanario* de Caldas, si contamos con *La Época* del negro Juan Antonio Zuleta?

El pensamiento libertador de 1810 es un humillo y de las espadas de la Independencia se fabricaron disciplinas y cadenas. Colombia está vedada á los hombres de bien, ya numerados como en los hospitales y en las casas de reclusión. El despotismo les dice: llegad y vivid en paz, pero habéis de inclinaros delante de nuestro poder absoluto, de arrodillaros delante de nuestro altar católico, de oír los oráculos de nuestra enseñanza, de abrir vuestra bolsa á los ladrones, de pagar nuestro ocio, de reír en nuestras fiestas y de fraternizar efusivamente con nuestros verdugos! Decidme, decid los oportunistas: ¿cabe tolerar tamaña afrenta? ¡Oh, no! La Patria purificará las llagas de su cuerpo con plomo derretido y embalsamará su ambiente con el humo de la pólvora. Presiento que se acerca el nuevo Boyacá redentor, y saludo á los bravos de vanguardia; los saludo y los cuento: se oscurece mi vista, se tapa el horizonte con la muchedumbre de los combatientes: ¡es el pueblo, el pue-

blo inmenso, que ninguna cifra abarca, porque tiene el secreto de las multiplicaciones infinitas!

No importa la hora!

El último día del año de 1893, me sorprendió á orillas del mar Pacífico, por primera vez visto por mis ojos. Tenía el honor de acompañar á Eloy Alfaro á una de sus empresas libertadoras.

—¡Oh, me dijo el viejo proscrito, señalándome el Océano! amémosle mucho, que sus ondas bañan las riberas de la Patria!

Respeté su entusiasmo, pero pensaba: ¿es que los radicales de Colombia y el Ecuador tenemos patria?

Los años nos vedaban el sol nativo y el pan de nuestras cosechas; estábamos fuera de la ley que ampara y de la tierra que sustenta, y se atropellaban en mis labios las sílabas indómitas del odio en aquella mañana de Diciembre. La naturaleza sólo es bella en la libertad del pensamiento. Buscaba hacia el Sur en vano mi radiante Colombia de otros tiempos, la macabea, la madre de vientre fecundo, bendito tres veces por la Libertad, por la República y por la Ciencia. El sol naciente abría grandes y nuevos espacios sobre las aguas; las olas contra la playa aligeraban su fatiga en un gran sollozo; la brisa traía las frescuras y los olores marinos; los alcatraces desarrollaban sus escuadrones en el espacio. . . . Buscaba en vano la Patria: allá abajo el monótono océano resonante y las estériles costas. Luego apa-

rece Colombia en mi mente, como una llama, que ya es una antorcha, que ya es una sombra, que ya es una mancha... nada!

—No me digáis nó, General, que este horrible vacío es la Patria!

Pasó un año, pasó ótro, el perseverante lidiador empuñó las armas, subió á los Andes con sus guerreros, y respiró gozoso y ufano en las faldas del Pichincha. Quísolo y púdolo, para confusión mayor de los oportunistas.

No importa la hora!

¿Olvidaré las pláticas de José Martí, en Nueva York, el año de 1888? El patriota cubano describía el triunfo de su causa como si se hubiese realizado, engrandeciéndole hasta la apoteosis con su palabra vívida y numerosa, arcaica y nueva, cual de un profeta en diálogo con los muertos y los vivos. Resplandecía en su frente la estrella solitaria y la bandera de Cuba libre en sus manos convidaba al sacrificio. Fuera del circuito de este hechicero, caía otra vez la sombra y el desaliento, y las realidades que hacía palpables su palabra, se iban como fugitivas quimeras.

No podía ser, no acontecería aquello. España en paz; la Isla guardada por un gran ejército de tierra y una poderosa escuadra de navíos; los buenos cubanos proscriptos, errantes, empobrecidos; dentro de la Antilla la vigilancia, fuera del país el espionaje; la división entre autonomistas y separatistas; los antiguos Je-

fes prestigiosos apartados de sus subalternos, Máximo Gómez en Montecristi de Santo Domingo, los Maceos en Nicaya de Costa Rica, Calixto García en Méjico, todos dispersos; la hecatombe de los diez años y la paz del Zanjón de presentes; la América latina ligada á la Península por la diplomacia, el comercio, las academias de la lengua y las juntas Ibero-Americanas; la reacción absolutista en países amigos otro tiempo, como Colombia; Cuba, por fin, abatida, inanimada, exánime, ¿se levantaría á la voz del poeta Martí?

Los incrédulos le escuchaban, prendados de su elocuencia, convencidos de que Cuba tenía derecho innegable á ser independiente, pero mirando la realización de esa esperanza en el confín del tiempo. Argumentábanle otros circunstancias con los recursos de la teoría evolucionista,—que pierde su gravedad científica cuando pasa el Atlántico y cae en poder de los payasos—; alegábanle que Cuba no había llegado al término de la evolución que se requiere para que un pueblo tenga y administre sus intereses por sí mismo; que los negros, que no tienen desarrolladas las circunvoluciones cerebrales como los blancos, serían un elemento perturbador en la nueva sociedad política; que fracasa quien empuja el nivel intelectual y moral de los pueblos, sin haber preparado antes por la enseñanza á los individuos uno á uno; y que más acomodado á la naturaleza era la Tutela en primer lugar, después la Autonomía

administrativa; y luego . . . quizá . . . entonces . . . tal vez . . . la Independencia.

Martí era un dinamo, un explosivo, una centella del patriotismo; rompía por el medio las dificultades, anticipándose al machete, á la dinamita y al incendio, y era de vérselo, pequeño, delgado, pálido, enfermizo, cómo crecía en majestad, energía fuerza y salud, al pronunciar su boca las palabras *Cuba libre! Cuba emancipada!* Los argumentos de los pusilánimes los llamaba *miedo* lisa y llanamente; y triunfó el intransigente Martí, por más que haya muerto en la pelea, que ya sus compatriotas declararon, altos los aceros, tras un año de lid afortunada, que Cuba sería libre, ó desaparecería para siempre de la faz del planeta!

No importa la hora!

La noche en que fué herido por la espalda Antonio Maceo, en San José de Costa Rica, acudí á su casa con mi hermano, que era su médico. La pandilla de españoles quiso salir del futuro libertador de Cuba, dándole muerte á mansalva y en las sombras. La bala le entró cerca á la columna vertebral, en la proximidad de los pulmones; la sonda del médico se iba por la cavidad muy hondo; el peligro no se le disimulaba al herido; estábamos aturridos sus admiradores por ese grano de plomo; pero Maceo desatendía su situación, mostrábase sereno y sonriente, y mientras se le hacían las primeras curaciones, se ocupaba en dictarle al poeta Loinaz del Castillo, que es ahora su Je-

fe de Estado Mayor General, la correspondencia revolucionaria para el correo del amanecer. Volviéndose hacia un grupo en que estábamos el General Leonidas Plaza G., los escritores Julio Esaú Delgado y Eduardo Tintero y yo, nos dijo:

—Este contratiempo no merece la pena. Los españoles oirán hablar de mí antes de poco.

Recuerdo que su hermano José Maceo, que estaba allí cerca, taciturno y cabizbajo, se irguió y puso el oído á estas frases, como si escuchara una corneta del campamento.

Pocos meses después, Antonio Maceo se embarcó con un puñado de valientes en Puerto Limón, trasbordó en las Bahamas, desembarcó en Cuba, se internó en los bosques, apellidó la guerra, armó un ejército, combatió, venció, tocó á las puertas de la Habana, se multiplicó, se prodigó y á la fecha escarmienta á los españoles en Pinar del Río y anuncia para un breve plazo la independencia absoluta de su patria.

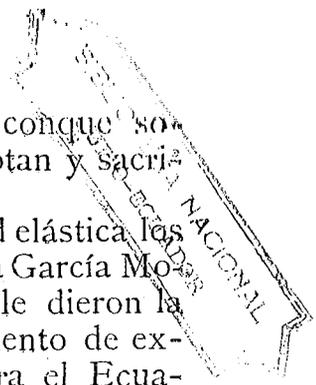
¿No ocultan el rostro los oportunistas?

Unas mismas son las guerras por la Independencia y la Libertad, palabras que en vano se las considera por separado, porque no significa nada la una sin la otra; unos mismos son para el hecho de causar mal los opresores extranjeros y los conterráneos, y, por lo tanto, tenemos un igual móvil cuando nos sublevamos contra las tiranías importadas ó aborígenes. No se escuden, pues, los sátrapas americanos con su fe de bautismo mestiza, ni nos

vengan los de la balanza química con que somos hermanos de los que nos explotan y sacrifican.

No entendieron esa fraternidad elástica los ciudadanos que se conjuraron contra García Moreno, el 6 de Agosto de 1875, y le dieron la muerte. Paréceme este acontecimiento de extraordinaria influencia, no sólo para el Ecuador, sino también para la libertad universal, porque se ratificó la jurisprudencia terrible y expedita contra el abuso omnímodo, que había fracasado en 1828.

García Moreno es un ejemplar retrospectivo del hombre-fiera, trasladado de la caverna al liceo, que conserva el hacha de sílex en la mano, medio oculta bajo su ropaje moderno. Cuando asoma muy joven en la política, ya está en el goce cabal de sus malos instintos, y á poco trecho se abandona al delito sistemático que constituye su vida. Durante algunos años hace el mal por causararlo, sin matricular en ningún partido su bandera corsaria. Deja que el crimen escueto lo encumbre; se aconseja del mismo estupor que causa, y cuando las multitudes espantadas obedecen á su látigo, las encadena á su destino en nombre de la Iglesia católica. Es el amo. No obedece á nadie, á excepción del Papa, pero en realidad Pío IX es un corchete de su política. Manda sobre el pueblo, sobre el ejército, sobre el clero; delibera, legisla, juzga, condena, ejecuta, por su propia cuenta. Atropella y aplasta: echa por él



balcón á los presidentes que hizo el día antes; arrastra las mismas espuelas en el templo y en las Cámaras. Su cólera no tiene límites, "siente hasta en la punta del puñal," como Claudio Frollo. En sus alucinaciones de soberbia cierra los ojos y se cree el eje del mundo; por eso reta á Italia. En dos mesas comulga: en el altar y en el patíbulo. A su paso las prisiones se llenan de lamentos, las calles se inundan en sangre, el desierto se puebla de voces errantes. No ama; su procreación es estéril. Lo corroen la envidia y la ira: en el suplicio de Juan Borja se embriaga como en una fiesta; sobre los fusilados de Jambelí levanta tribuna de infamia; al rededor del cadalso de Maldonado aulla como un lobo. Proscribe el talento por herético, cierra la Universidad y decreta la teología. Su bandera es un trapo negro con una cruz, amarrada á un látigo; así marcha como por un cementerio á la media noche, seguido de una legión de frailes y de verdugos. No lo fatiga el mal; en sus ocios hace caminos que le salen muy largos y versos que le salen muy cortos. No hay grandeza en él: ni es reformador, ni estadista, ni guerrero ilustre; y faltándole el corazón, que tanto se hace perdonar, queda simplemente como un monstruo, sin que le valga tener arriba la mitra, en la mano el garrote y abajo la bota herrada. Su habilidad consistió en apoderarse de las malas pasiones y personificarlas, con cierto brillo de capataz ergotista. Sirvióle la Iglesia con sus mil ojos y

sus mil manos, que jamás fué tan próspera ni tan villana, con ser tan negra su historia, pues si un abuso omitió el déspota, el sacerdote subsanó el olvido con una falta más grave. Los infusorios que pululan se encumbraron pegados á las piernas del jayán; las heces de la aristocracia se vertieron sobre la Nación; no hubo altura que no tuviera lodo como después de un cataclismo; huyeron los pensamientos y los pensadores; partiéronse los adalides; quedóse el Ecuador dentro de un gran sepulcro, rodeado de la oscuridad, del silencio y de la muerte!

Los conjurados del 6 de Agosto iban á morir por la salud pública, tal debió ser su convencimiento. García Moreno era todopoderoso, se apoyaba principalmente en dos espaldas, el convento y del cuartel, y en la turba embrutecida dispuesta á morder en servicio de su dueño. ¿Eran los conspiradores gentes de poco más ó menos? “Roberto Andrade, dice Don Pedro Moncayo, era un estudiante de Derecho Público, muy adelantado; procuraba adquirir las cualidades de un hombre de Estado, necesarias en la República. . . . la conducta de Andrade era irreprochable, tan limpia como la de Bruto, y su valor y constancia han llegado á ser un refrán en los años posteriores.” “Su compañero Abelardo Moncayo, agrega el mismo escritor, se educó en el colegio de los jesuitas y llegó á ser uno de los predilectos por su capacidad y aprovechamiento. Los jesuitas

le hicieron profesor de filosofía y lo mandaron á Cuenca para que dictase el primer curso. Encontrándose en ese puesto de confianza quiso corresponder á ella, consultando los autores modernos que tratan de esta materia. Leyó á Loke, á Condillac, á Cusin y á otros varios, separándose enteramente del texto que le habían dado los jesuitas. Cuando éstos supieron las novedades que había introducido en la enseñanza, lo llamaron á Quito y le reconviniéron. Moncayo contestó que no se podía encadenar la razón ni avasallar la inteligencia, que estaba pronto á dejar los hábitos y retirarse á su casa, como en efecto lo hizo." Andrade y Moncayo eran los promotores.

No se pasa por el lugar de la Vindicta en la plaza de la Independencia, sin evocar el recuerdo del 6 de Agosto. "Mis enemigos están en el deber de matarme, decía García Moreno, porque sino los extermino." Le cogieron la palabra: lo mataron á la luz del día, en la plaza pública, á dos pasos del cuartel, á diez varas de la Iglesia Metropolitana. Al salir de la casa se persignó, en la Iglesia de Santo Domingo comulgó, en la Catedral oró, sobre el pecho cargaba amuletos católicos, un pedazo de la cruz, el escapulario de la Pasión, el del Corazón de Jesús, una medalla de Pío IX de un lado y el Concilio Vaticano del ótro, y tenía en el bolsillo del sobretodo, junto con un mensaje terrorista al Congreso, un memorandum en que escribió esa mañana: "Señor mío Jesucristo, con-

cededme el amor y la humildad, y hacedme conocer lo que haré en vuestro servicio el día de hoy." El machete de Rayo demostró lo que valen las corazas celestiales con que se resguardan los hipócritas. Rayo tomó posesión del portal, acompañado de Cornejo Astorga, Andrade y Moncayo. Era la una de la tarde; García Moreno salió de la Catedral y se dirigió al palacio. En las galerías exteriores, reparó en Rayo, de quien había dicho, "éste es un hombre muy valiente y no hay que perderle de vista." Mirólo con ojos investigadores, á tiempo que el conjurado se le acercaba con buen talante. Se examinaron; se cruzaron palabras que nadie ha podido repetir; fué un instante: el tirano quedaba bajo la cuchilla; la hoja justiciera se alzó y cayó, cayó otra vez sobre la cabeza, sobre el pecho, sobre el brazo; caminó hacia atrás la bestia coronada y herida; Roberto Andrade le vió el rostro suplicante, de quien tiene miedo y pide gracia; pisó el borde del pretil y cayó sobre las piedras de la plaza de la Independencia como una res degollada. El padre Berthe lo hace hablar en su libro mentiroso, pero lo cierto es que el instante no era para una despedida romántica, de las que se ponen en boca de los mártires de almanaque. Otros lamenten el fin de este bandido; yo admiro á los conjurados: el puñal de sus manos es la brújula de los hombres libres!

"Mi pluma lo mató," escribía Montalvo en el extranjero, al saber la muerte del tirano. Sin

duda fué ella la que desarrolló la corriente en el cerebro de los pensadores, pero Rayo representa la venganza popular sin otra fórmula, el músculo atormentado y contraído que en su distensión mata. Por sobre los refinamientos de idea, está para mí la justicia plebeya, en la cual suelen acabar los déspotas, porque ella es la rebeldía sagrada del verdadero sufrimiento. ¿Fué Rayo uno de los conjurados, un intruso, un brazo? Fué un redentor y basta! Dejadle su machete, vosotros los remilgados, y cuidado de conseguir uno para vuestro uso, hecho del mismo hierro, si de veras amáis á la República. El machete exterminador de Rayo debía ir de mano en mano, purgándonos de los malvados que infestan este hemisferio, y ya mellado por la siega fecunda, debíamosle de modelar en bronce y mármol para rendirle el culto de nuestro agradecimiento. Mas huyen de la sombra de Rayo los mismos manumitidos con el filo de su machete, y hoy nadie sabe dónde reposan las cenizas del vengador y mártir.

A buscarlas fuimos alguno de sus admiradores en la fecha expresiva del 6 de Agosto. Demora el panteón de San Diego sobre la parte alta de Quito, del lado del Poniente. Allá llevaron el cadáver de Rayo los indios que hacen el aseo de la ciudad, halado de los pies con sogas, después de arrastrarlo por las calles principales de orden del Gobierno. Cuéntase que lo seguían frailes y rameras barajados, beatas y sacristanes, hermandades, cofradías, la hez

de los fanáticos. Lo tiraron á podrirse en los muladares, fuera de las tapias que circundan el cementerio; pero unos amigos fieles escalaron el muro á las once de la noche y colocaron el cuerpo en un nicho anónimo. No obstante las precauciones, se informaron las autoridades al otro día, lo exhumaron y expusieron sobre un basurero, en donde los conservadores irritados y cobardes lo punzaban con los estoques y le echaban tierra en el rostro. Su pobre mujer, perseguida como la hembra de una fiera, se moría de dolor en su escondite, con un niño de siete meses en los brazos; ella misma me lo ha referido, inundada en lágrimas, á los veintiún años del acontecimiento. Se pudo al fin de algunos días colocar el cadáver en una bóveda y la viuda más tarde le hizo arreglar una lápida con símbolos y leyendas significativos, que colocó en la tumba el día de difuntos, por ahí en el mes de Noviembre; mas tal muestra de cariño inocente y discreto, irritó á los perversos; los restos fueron desenterrados después de cuatro meses y echados, según parece, tras un cerro vecino, para pasto de los perros ambulantes y de los lobos que bajan del monte.

Abelardo Moncayo y Roberto Andrade concurrén á la Convención: á ellos les toca patrocinar la memoria de Rayo, como que ambos decretaron la muerte de García Moreno, fueron principalísimos el 6 de Agosto, los amenazó el patíbulo por veinte años, no renegaron de su gloria en la adversidad y perseveran en creer

justo y honroso el tiranicidio. Ellos se acordarán de Rayo, ellos no son oportunistas.

Copio de Roberto Andrade: “¿Quién se ha de atrever á proscribir el empleo del puñal de la salud, cuando hasta los medios de sublevarse un desdichado pueblo en conjunto, de derribar al opresor sin poner en peligro su vida, de su seno han desaparecido á causa de la influencia del terror, así como de la obsecación producida por la ignorancia y fanatismo?”

Cada paso del Czar de Rusia, por la Europa Occidental, es de amargura: ha causado tanto mal su dinastía y él mismo, que la muerte lo acosa en plena juventud, sin que la atajen el brillo de su corona recién puesta en las sienes, la sombra de sus dominios, sus innumerables cosacos, sus guardias imperiales, su policía secreta, los vasallos pegados á su persona, ni las precauciones inusitadas de los gobiernos que visita, más alarmados que el mismo autócrata, al imaginarse que les toque despachar para San Petersburgo un féretro con el dicho soberano adentro. Ni en el salón, ni en la mesa, ni en el lecho goza el Czar de reposo; mantiene clavados los ojos en lo invisible en donde están los nihilistas, y encuentra que es débil en su fiereza, como un oso polar cautivo. Su mujer se desmaya, sus parientes tiemblan, sus gentiles hombres no duermen: á todos les dice el corazón que ha de morir pronto, quizá bajo el techo de los reyes de Inglaterra, talvez en París en medio de los arrebatos del pueblo.

Morir como su abuelo, reventado por la dinamita, mordido por la metralla en las carnes, sucios por el lodo de las calles sus armiños y sus martas; morir en el festín, cuando la copa que lleva á los labios contiene el licor emponzoñado; morir en el baile, con una cabeza gentil reclinada sobre el hombro; morir bajo las mantas del lecho, en donde se engendran los cachorros del trono; morir de cualquier laya, pero con violencia, por mano de un poder sigiloso, es la preocupación constante del Czar de todas las Rusias. Y esto que atormenta al autócrata, dignifica á los perseguidos de Rusia, quienes han encontrado el medio de valer más que sus tiranos.

¡Qué distinto de lo que sucede por tierras de América llamadas democráticas y libres! Nicolás II no es un negro bozal como Lili, ni un gramático absurdo como Caro, ni es dueño improvisado de un pedazo del globo: es hombre que ha nacido en el trono, que ha mamado leche de emperatrices, que manda á los esclavos de sus mayores, emparentado con soberanos, de cepa de guerreros, de conquistadores y sagaces políticos, apartado de la multitud por su alcurnia y criado en principios de realeza; una aberración de esta edad, sin duda, pero comprensible en la raza eslava y en la vecindad del Oriente. Nuestro tiranuelo el gramático, ¿de dónde ha sacado el poder de matar, de robar, de envilecer un pueblo que fué libre y celebrado por sus virtudes en el mundo? Un

viejo libertino y traidor lo engendró hombre público, por insinuaciones de su manceba, que era instrumento de los jesuitas, y lo impuso en seguida, lo empotró en el mando como un poste para amarrar y azotar á la República. Traía el advenedizo á fin de cuentas una obra traducida del latín en versos entumidos, unas colecciones de periódicos callejeros con argumentos de segunda mano, un cuaderno de versos que andan á gatas y unas cuantas citas y preceptos gramaticales que son el botín de la polilla. Su sangre estaba pintada de indio y negro por las vertientes, y de su padre, que era un notable poeta, heredó el odio que destila aquella frase en que pedía el *sepulcro como única cárcel segura para los liberales vencidos*, que después la hizo suya García Moreno en *El Vengador* en 1846 cuando escribió, *nada más conveniente para alentar el espíritu público, que interponer entre los ecuatorianos y los genizaros traidores la extensión del Océano y la duración de la eternidad*. Su madre no era una princesa, era una excelente señora que amasaba pan para mantener á sus hijos; sus parientes no eran emperadores ni reyes, "á tiempo que esto sucedía, dice José Domingo Restrepo, en su folleto *En la arena*, José Eusebio Caro, sobrino del tirano, se robaba de las oficinas del correo cuantiosa suma (doscientos cincuenta mil pesos); y el periódico semioficial de su tío decía tranquilamente *esta suma menor tiene que amortizar la Nación*." En la muerte de Maximiliano de

Austria había dicho: "no hay sociedad sin trono." No tenía seducciones de inteligencia, de raza, de fortuna, ni de poder; era un monaguillo sabihondo, un carlista sin trabuco, un caballero voluntario de reyes desconocidos. Núñez lo escogió como el más pícaro: aquel macho cabrío oteaba los bribones á leguas. Ved, pues, á un pelafustán de la calle convertido en amo de los colombianos, tranquilo en la matanza y el pillaje, como si hiciera obras de misericordia. ¿No digo que los nihilistas de Rusia son venturosos? Esos al menos le hacen tragar amargo al dominador moscovita, en su excursión por los países occidentales de Europa.

Me es de todo punto imposible apartar las cosas de Colombia en lo que voy escribiendo; rompería el papel antes que pasar adelante sin tocarlas. ¡Cuántos sufrimientos! cuánta vergüenza! qué de equivocaciones en nuestro partido! Admitimos la legalidad y ejercitamos algunas migajas de derecho, para situarnos mañana fuera de la ley, como lo entienden los conservadores, y fuera del rigor de la conducta, como lo entendemos nosotros. No hemos andado derecho. Puestos aparte de todo miramiento; cautivos dentro de la Patria; con las manos en las esposas y la lengua en la mordaza; apoderados los ladrones de nuestro trabajo, los esbirros de nuestro cuerpo, los curas de nuestro pensamiento; con el hogar á merced del delator, del sayón y del sacerdote; en la cárcel, en el destierro, en el confinamiento, en

el patíbulo; sin orillas; bajo el lodo que arrastra la inundación; atropellados por la ralea; con un amo armado de látigo; con jueces vendidos y legisladores mercenarios; más allá de la deshonra; en un polo desconocido de la infamia,—¡oh! nos equivocamos al tener paciencia, al pensar en la redención por el arrepentimiento de los malvados, al confiar en el tiempo, y en la verdad inerme, pusilánime y vergonzante! No hemos andado derecho. Hemos gastado la medula en juegos de trapecio, en agilidades de acróbatas, adelgazándonos, puliéndonos, evaporándonos; nos prepararon el tablado y representamos la farsa, cuando quisieron los godos; nos acostamos en el ataúd que nos regalaron, y nos dispusimos, por la contemplación y el sufrimiento; á la muerte ascética, oscura y silenciosa! La vida es la acción; si prevaleciera el criterio oportunista en Colombia, cavaríamos la fosa y nos echaríamos en ella, muertos por nuestra propia incuria.

En el Ecuador, el problema se simplifica con el triunfo de las armas; consiste en asegurar el Gobierno y verificar las reformas, sin andarse con rodeos que cansan á los amigos y no satisfacen á los adversarios. Estos no se contentarían jamás sin la entrega formal del mando, porque traen de Dios mismo el derecho de explotar á los hombres para adiestrarlos en la vida eterna. ¡Dios! Notad de paso que de la palabra Dios se deriva todo capricho despótico, todo lo que atenta contra nuestra libertad

ó nuestra bolsa, según el decir de Proudhon. Ahora: no se trata de consultar si los pobres están bien hallados en su miseria y los ignorantes satisfechos en su torpeza, para decidir que se pudran como les dé la gana, que es lo que piden los oportunistas; lo que se quiere es procurarles la vida civilizada como la solicitamos para nosotros, con el fin de que no los dañe el abandono y por ende nos perjudique la barbarie. Menos se trata de consultarles á los poderosos, si consienten que su autoridad sufra menoscabo, en provecho del bien común, porque nadie tiene regalías cuando se trata de la felicidad pública. La cuestión es obrar como revolucionarios. Sin la revolución no daría un solo paso la verdad; porque ella en cada uno de sus advenimientos tiene que desalojar la costumbre y combatir los intereses seculares que se defienden con empeño; donde no aparece armada materialmente, es porque de antemano se le preparó el campo con ayuda de la fuerza. No se nos hable de tolerancia. A los radicales nos aconsejan la tolerancia los mismos que nos ponen fuera de la ley, como nos reclaman el respeto por las creencias ajenas, todos los que atropellan los fueros de nuestro pensamiento. Seámos intransigentes! Antes que cercenar la verdad para hacerla amable, es preferible que se mantenga adusta, apartada de las adoraciones vulgares y los homenajes viles: que brote y luzca en una superficie angulosa y áspera como la flor del cacto. A

menudo la prosperidad acompaña la mentira, y una idea que se facilita á los varios antojos, tiene algo de la mujer pecadora. Desconfiad de los principios á la orden del consumidor, desconfiad más todavía del que los obsequia, porque ése al cabo no los da, sino que los vende. Tener una convicción, es valer en el concepto propio; no tenerla, es valer dinero; así vemos que los gajes de la vida son patrimonio de los que dan ó toman en alquiler las ideas. La intransigencia es la verdad en pie; la convicción no tiene espaldas; ceder á título de concordia es cometer una estafa. La ocasión hace al ladrón; tanto puede decirse de la oportunidad, porque con el solo hecho de buscarla, se relaja la voluntad de obrar bien. Quiere la virtud, para ser tal, que no se la dé vueltas, ni se la fraccione, que es como el diamante, que subdividido llega á no valer nada. No hay dos morales, una para el individuo y otra para el partidario; cuando nos ceñimos á un precepto, ése comprende nuestras acciones públicas y privadas. La oportunidad si no es el vacío ó la idiotez, el cansancio ó el miedo, encubre planes de provecho personal en perjuicio de nuestros semejantes.

Y considerado de más cerca el asunto, un triunfo radical sin un cambio de métodos y propósitos, sobre inútil es criminal, porque el radicalismo se carga al hombro la culpa de sus enemigos y desconcierta á los pueblos; ó lo que es lo mismo, si sus hombres se presentan con

las manos vacías en el momento decisivo, declaran por este hecho, que durante muchísimos años no sabían lo que estaban haciendo, ó que se propusieron con mentiras atrapar el poder para explotarlo. ¿Pero es posible siquiera sospechar esto de una porción tan inteligente y desinteresada de ciudadanos?

Los hombres providenciales acostumbran emboscarse en las palabras, ó presentarse como enigmas, para que la credulidad los eleve, y al estar arriba bien seguros, se ríen de los sufragáneos candorosos, y por estas artes, los traidores y farsantes, adquieren celebridad política entre las gentes corrompidas. Dícese de ellos que son hombres de Estado, con aquella facilidad y frescura que tienen los mendicantes para encontrar excelencias en el primer tuno afortunado que les da el pienso. No hay un solo providencial que no se presente como mártir, como redentor, como reformador; todos con un expediente arreglado y limpio en que resplandecen la seguridad y la buena fe. Los partidos se alucinan, se entusiasman, se apoderan de ellos como de un pendón, los cargan en andas, los llevan á la plaza pública, al debate, á las urnas y á los campos de batalla en donde les rinden la oblación de la sangre; después llo- ran lágrimas tardías de arrepentimiento, cuando el providencial desenmascarado hace de su bordón de peregrino un garrote para medirles las costillas á sus admiradores. Sucede esto una vez y otra vez, ¿pero habrá en el Ecu-

¿dó quien se atreva á representar, por ejemplo, el papel misérrimo de Rafael Núñez? Si lo hubiere ¿es tan insensato el partido radical que se lo cargue á costas?

También aquel bribón militó en el liberalismo; fué Secretario de Mosquera y Convencional de Rionegro; lució como poeta herético y escritor heterodoxo; consiguió popularidad, bienestar y fama á la sombra del partido; fué agazajado, mimado, sustentado por sus co-partidarios; proclamó la reforma, decantó el bien público y juró morir envuelto en los pliegues de la bandera del liberalismo que para él era "sinónimo de justicia." Asentado en el mando, desconoció á los suyos, los entregó al enemigo, rompió la Constitución, despedazó las leyes, estableció el despotismo y se durmió en la muerte con la seguridad de haber cansado por igual á todos los delitos. Núñez era corrompido desde el vientre de su madre, con maldad tan ingénita, que por donde quiera, y en cualquier tiempo que se profundice su vida, se encuentra un pozo mésico; pero no se habría descolgado al último precipicio bruscamente, causando tanto daño, si los oportunistas no le hubieran infundido aliento, porque á ese facineroso le faltaba el valor aventurero, en relación con sus sobresalientes habilidades de pícaro. Fué contar con ellos, y precipitarse en el escándalo frenético, y pasó del cisma á la jefatura de horda en menos de dos lustros, y por corolario al canibalismo desnudo, que heredó expreso el petu-

lante gramático voraz que esclaviza á Colombia. Ya que el puñal no desbarató el corazón de Núñez, ni la cuerda le detuvo el resuello, como lo tenía merecido, su historia nos enseñe lo que acontece á los partidos que se detienen en su desarrollo, supeditados por uno ó más de esos salvadores ó redentores apócrifos.

El partido radical en el Gobierno del Ecuador es cosa nueva; no estuvo dueño de su destino, como ahora, en ninguna otra época: su prédica, su crédito y su denuedo, si son de larga fecha. A la orilla de la laguna Estigia corrió su vida, iluminada en esas riberas melancólicas con el hacha de la inteligencia y el fulgor de las espadas. Sin sus pensadores y sus guerreros, al Ecuador se lo habría tragado la tierra, pero ellos formaron una corona de luz sobre su cabeza de ajusticiado. Los que mantuvieron constante la tradición de la República y restablecieron la conciencia nacional, que ha hecho erupciones estupendas, fueron ellos. Tras de los radicales no se podía sondar el abismo, tan negra era la noche; sobre ellos no se podía mirar hacia arriba, tan espesa era la sombra. Cautivos, representaban la Libertad; aislados, eran la Nación; peregrinos, llevaban en su morral la Patria. Los que dirigen la política, ¿habrán de olvidar que las reformas son el resumen de su historia y la prenda de su virtud? No, mal que les pese á los oportunistas. Los radicales cumplirán la palabra empeñada en la adversidad, ya que les toca la alborada de una nueva

vida; débenselo á sus principios, á su hombría de bien, á las esperanzas fomentadas, á la sangre derramada, á la América que ve y escucha, y á aquellos testigos inmortales, que dejaron sus libros y su ejemplo como piedra de toque para los sucesos futuros. A la juventud no se le alimenta con las sobras del tiempo pasado; sin que se aparte esquivo del error reincidente; á la multitud hay que proporcionarle sensaciones nuevas y lícitas, porque de no advierte en su buen sentido que la política tan suspirada es un simple cambio de amos. Y lo sería á fe; lo sería sin compensación alguna, porque en la lógica conservadora lo que anda sin tropiezo es el personal reaccionario, y en el supuesto de que se conservase lo antiguo, los radicales harían el papel de la gallina que empolló huevos de ánade.

Respetad la tradición, se dice, respetad los usos y costumbres! Es el grito que se alza en todas partes contra lo que reemplaza las cosas viejas; el clamor de angustia universal de los que quieren que la humanidad se mantenga á sus pies, hasta beberle los últimos alientos; y la tradición que aquí y allá se defiende, lo que con tanta solícitud se ampara, es el error y el crimen, no la que viene en la sucesión del tiempo fortaleciendo y engalanando la vida. ¿Qué desean, qué piden? Desean y piden los dueños de la tierra que se les conserve sus siervos; los clérigos que se les afiance en la rapia; los ladrones que se les garantice el robo; los trai-

dores que se les encargue la honra y los políticos infamados que se les devuelva la dirección de los negocios públicos. Alega la ignorancia, tira de su parte la codicia, interrumpe la decidia, se yergue la soberbia, pugna la ira, y toda esa música asnal, ese ruido de grajos es la tradición para los oportunistas. ¡Mal rayo la parta!

¿Háse visto que hombres serios se pongan cavilosos con estas musarañas, cuando vienen de los combates de mirar la muerte de hito en hito? Al respetarse la tradición no se cohonestaría la guerra, en ningún caso, porque es un despropósito arrostrar la muerte contra el mal, para que éste sobreviva al triunfo, domine y prospere con nuestra propia sangre. De los soldados que van á la guerra en nuestras luchas civiles, el mayor número no sabe á ciencia cierta por qué se impone las privaciones de la campaña y derrama su sangre en la refriega; matan ó mueren con la pasibilidad del bruto, y porque su carne tiembla más ó menos, son cobardes ó guapos. Los voluntarios de tropa se guían generalmente por la confianza que les inspiran los jefes, y muchos de éstos se dirigen por ótros en cuyo criterio descansan; lo que da por consecuencia, que hay un pequeño número de individuos que disponen de la vida de sus prójimos. Les asiste la razón si el sacrificio se impone para conseguir el bienestar de una ó muchas generaciones; cuando no van á este fin directamente, se hacen reos los caudillos de asesinato en masa. Son dilincuentes en grado

máximo si malogran los frutos de la guerra por ignorancia, ineptitud ó mala fe, pues no se juega con la vida, que es el mayor bien del hombre, como que de ella salen y á ella convergen todos los atributos de la felicidad. Y al contrario, ¡cuán merecedores de galardón los que van hasta el fin por un mismo impulso, con las solas variaciones que el progreso imprime en la conducta!

Sábese que el hombre es un receptáculo del mundo exterior, que ha de modificarse según la intensidad y variedad de las impresiones que reciba; por consiguiente, no se le quiere dar la actitud invariable de una estatua, que representa lo mismo en el decurso de los años. Cabalmente de esta ley de transformación progresiva, se saca la filosofía de los partidos, y así los radicales son los que se asimilan los últimos descubrimientos de la verdad, y los conservadores los que se quedan rezagados en los tiempos pretéritos; ó para decirlo de bulto, los radicales van en buque de vapor ó ferrocarril y los conservadores en piragua ó montados en bueyes.

Los que se alarman de buena fe, si los hay, con motivo de las reformas, exageran sus aprensiones torpemente, pues no se piensa que el Ecuador asuma la iniciativa del progreso en general, lo que sería una locura, sino que se aproveche de lo bueno conocido en el mundo civilizado; y aun se desea menos, que no se petrifique en la situación que le ha producido

tan excepcionales desventuras. Es reacia la costumbre, pero no puede condenarse á un país al servilismo y al atraso, porque lo quieren los amos con sus apetitos y los esclavos con su servidumbre; y aunque fuera una minoría la que trata de ser libre, tiene razón y derecho contra el número estólido, porque ella se agrega, para el caso, á la suma total de la especie humana, en donde quiera que es feliz y próspera. Por último, las armas la han puesto en aptitud de dictar la ley.

A los que pensamos de este modo, nos llaman los conservadores y los oportunistas, jacobinos, socialistas, nihilistas, petroleros, anarquistas, materialistas y ateos. ¡En buena hora! ¡Jacobinos somos, jacobinos inmortales; si echamos al canasto la cabeza de los reyes para que los ciudadanos tengan la suya propia sobre los hombros; petroleros somos, petroleros sublimes, cuando incendiamos los campos de Cuba para que la tierra no se prostituya alimentando á los esbirros de España; socialistas somos, socialistas admirables, que por la unión de los débiles, vencemos á los privilegiados, y por la caridad distributiva, satisfacemos á los menesterosos; nihilistas somos, nihilistas heroicos, que abandonamos la vida bajo el carro de la autocracia porque salte en pedazos el despotismo de los Czares; anarquistas somos, anarquistas videntes, cuando nos aislamos en la contemplación afanosa de una sociedad nueva, en la cual nunca jamás sea explotado el

hombre por el hombre; materialistas somos, materialistas convencidos, si echamos fuera esa alma intangible por donde se nos entra al cuerpo la opresión, y somos ateos, ateos rebeldes, armados contra Dios si cuida á los hombres para pasto de los sacerdotes! Nuestra fuerza estriba en la multiplicidad de energías, distribuidas en el globo por el empuje de la democracia.

Debido á la palabra audaz, el pensamiento revolucionario anda en tren expreso por el mundo; pero los conservadores y los oportunistas quieren que la expresión salga de la pluma doblada, á guisa de hacer una reverencia, y porque *El Pichincha* no fué tartamudo, porque llamó las cosas por sus nombres, lo denominaron incivil, soez y grosero, que como se ve son expresiones moderadas que denotan mucha pulcritud de lenguaje.

Para instruírse uno en la prosodia pornográfica es menester estar al tanteo de los libros religiosos, ya sean los místicos en que los santos y las santas se van por el cielo con la sangre encendida de lujuria en busca de virginades de los dos sexos; ya sean las obras de los confesores, como el P. Sánchez, en las que campea el burdel con las cosquillas de la licencia; ya sean los mamotretos de polémica ultramontana en los que á trueque de salvar la sociedad se la suministra el más escabroso lenguaje de la concupiscencia. Quienes inventaron el confesonario ¿no son por fuerza los peritos para describir las liviandades de la carne? Por aquella tram-

pa con agujeros se cuecla la inmundicia de la calle y deja el miasma que se desprende como un vapor hediondo de los libracos católicos. Los incestos, los adulterios, los estupro, la sodomía, la bestialidad, todo lo que busca absolución para empezar de nuevo, va al confesonario, sube á la cabeza de los clérigos y baja á la prensa como la quinta esencia del vicio. Los simples mortales escriben de oídas sobre las abominaciones ocultas, pero las gentes de iglesia las saben de corrido, con sus pelos y señales, porque el confesonario es otro carro de la basura en donde los feligreses echan su inmundicia moral periódicamente. Otrosí: los escritores profanos condenan las acciones dañadas y dañinas, y los ministros de la religión las perdonan, las adulan y las explotan; son el almacigo del presidio y del cadalso, como tantas veces se ha probado.

Fácilmente se comprende su repulsión por la palabra libre; no la hagas para que no la temas. Si las acciones son feas, culpa es de quien las ejecuta, no del verbo que las traduce; mas darles en lo hablado una delicadeza que no tienen, es encubrirlas y protegerlas, y así los que alegan los fueros de la decencia, hacen un discurso en favor de los bellacos, quienes repudian las frases crudas, porque ellas le dan á la culpa una duración provechosa para el escarmiento. La blandura del lenguaje es un triunfo de la hipocresía y la mentira, y me recuerda al clérigo Tomás Escobar, de Colombia, sodo-

mita perdido, quien no se permitía en sus arrebatos de cínica lujuria volcada, la menor palabra descompuesta: sus defensores ante el jurado alegaron esta circunstancia en pro del desdichado súcubo. . . . En todas partes los escrupulos clericales, son los de la madre Celestina; en España, según un periódico de Madrid, no hay mancebía que no tenga una imagen de la Virgen.

¿Y de cuándo acá son sagrados los clérigos y los frailes, hasta el punto de que los escritores tengan de hacer silencio á la puerta de las iglesias y de los conventos? Son nuestros enemigos natos, orgullosos de odiarnos, deseosos de aniquilarnos, más enconados á medida que la revolución los desaloja de sus parapetos. Nada nos une á ellos: por sus votos se colocan fuera del comercio honesto de los hombres; por sus juramentos se ligan á un poder extraño al de la República. Son fuertes: edificaron en la ignorancia que es prolífica, en el miedo que es contagioso, en la debilidad que es un baluarte. Son ricos, amados, servidos, poderosos; decretan la guerra, la atizan, derraman sangre, ¿qué se aduce, pues, para inhibirlos de la investigación y la crítica de los escritores? Ni guardan cautela, ni se están callados la boca para que no se repare en ellos; por el contrario, saltan á la palestra, embisten, excomulgan, abren las puertas del Infierno, empujan á los fieles al sacrificio, se endiosan en el triunfo y se yerguen amenazadores en la derrota. Los

de hoy son los de ayer: iguales en torpeza, codicia, ira, venganza y lujuria.

En este libro están pintados los frailes del Ecuador en el siglo XVIII, por Jorge Juan y Antonio de Ulloa, quienes se tapan la cara en presencia de la corrupción de los conventos; la Independencia halló á los monjes sumidos en los vicios; la gran Colombia hubo de legislar muchas veces para mantenerlos á raya; los Gobiernos que la sucedieron se empeñaron en barrer la inmundicia de los claustros; Colombia y Venezuela los arrojaron de su territorio, y el Ecuador, desde Rocafuerte hasta García Moreno, y antes y después, tuvo que lamentarse de una calamidad que devoraba la riqueza pública, corrompía las costumbres y era la rémora constante del poder civil. Las leyes fueron ineficaces; los frailes se escabulleron del Patronato y después del Concordato; Urbina expulsó á los jesuítas; García Moreno llevó un religioso por las calles hasta la barra del Senado; se escandaliza el Gobierno de sus delitos y pide correctivo á Roma; el Papa lo espera de aquí; se les afuera y desafuera; van como una pelota de la autoridad civil á la autoridad eclesiástica, por fin y postre, los frailes triunfan, los Gobiernos se rinden por cansancio y el país sigue pagando el can-can de los conventos. Don Pedro Moncayo escribía en 1885: “¿De qué servía á García Moreno estar rodeado de jesuítas, de frailes calzados y descalzos y de todos estos lobos hambrientos que venían á explotar

la riqueza de nuestra Patria? ¿Lo salvaron de las revoluciones, de las conjuraciones y del puñal homicida? *Los que siguen protegiendo este orden de cosas tendrán que arrepentirse algún día de la protección que prestan al fanatismo del país y á los frailes extanjeros.*" No es impertinente la cita.

Los tiranos que no explican sus acciones, son un terremoto, un huracán, un incendio, que nos maltratan con fuerza mayor anónima; pero el tirano metafísico, que acomoda á cada hecho brutal una filosofía, como prueba de que sus actos son deliberados; junta á la ofensa el escarnio, y es más odioso por lo que dice que por lo que hace. De ese número fué Rafael Núñez y es Miguel Caro en Colombia, el úno, tronco del escándalo regenerante; y el ótro, comadrón y payaso, del sátiro del Cabrero. Ambos son considerados por los reaccionarios como modelo de escritores cultos, que vuelan por encima de las asperezas de la tierra.

Primero el cabrón y después el arlequín, adelante!

Cuando Núñez se roba la esposa del Ministro Logan, su protector y amigo, es villano; cuando enveneva á Ricardo Gaitán Obeso, prisionero y enfermo, es infame; cuando ultima á su mujer legítima en Chiriquí, para casarse con su barragana en Cartagena, es monstruoso; cuando vende la República y la entrega al furor de sus enemigos, es parricida; pero es todo junto, es más que todo esto, cuando exorna con la pluma

los delitos, como un asesino que lleva coronas á las sepulturas de sus víctimas. Los períodos de su estilo son enervantes, como alas de vampiro, y bajo el opio de cada frase está la llaga viva. No cometió un solo crimen sin acompañarlo con su música de órgano, y algunos hombres de buena fe cayeron en la pocilga regeneradora embriagados con sus yerbas aromáticas. Alumbró como un cirio envenenado. No dijo verdad jamás y reforzó la mentira siempre. Sus sofismas son de doble y triple fondo, y él mismo se pierde en el laberinto que le consagra diariamente al engaño.

Dice *regeneración administrativa*, cuando quiere robarse el Tesoro; *paz científica*, cuando puebla de pretorianos la República; *apaciguamiento de las conciencias*, cuando compra ó fleta mercenarios; *libertad religiosa*, cuando entrega á los clérigos la cátedra, el libro, el código, el pensamiento; *crédito nacional*, cuando se embolsa el dinero de los acreedores extranjeros; *protección económica*, cuando multiplica los impuestos y las contribuciones; *tolerancia*, cuando persigue; *fraternidad*, cuando encarcela; *seguridad*, cuando mata; *humildad*, cuando maldice; y *moralidad*, ¡moralidad el mormón, el adúltero, el incestuoso, el bigamo!

Y se le admira como grande hombre, y el Congreso de Colombia le manda erigir una estatua, que cuesta ciento cincuenta mil pesos de nuestra moneda, en cuyos cuatro costados irán: "al frente un grupo alegórico de la Religión y

el Genio de la Paz que rompe una espada y ofrece un ramo de oliva; y en los otros tres costados, los Genios de la Filosofía, la Política y la Diplomacia, éstas dos forman un grupo. Al pie irá un León como guardián del monumento....” Olvidaron los legisladores disponer que se le colgase al cuello el busto de la ramera oficial, que ya luce en algunos de nuestros medios pesos desde 1885, en el lugar que le corresponde á la Libertad ó á la Pola Salavarría. ¡Oh, rabia! oh, dolor!

Y el otro modelo de lenguaje, el arlequín, ¿qué vale? Es la lombriz solitaria de las letras, el eterno amanuense de los muertos, el eco de los rincones, la voz de los escaparates, un mecánico sin brillo, uno de tantos belitres rima-dores que saben ortografía y le buscan el con-sonante á *presidio*.

Otro dechado de escritores es García Moreno; de este émulo de Núñez y Caro, dice Juan León Mera: “Genio verdaderamente extraordinario, puede aplicársele muy bien el dicho de un escritor europeo al hablar de otro grande hombre: fué cuanto quiso ser, supo cuanto quiso saber....García Moreno tiene asegurada en la historia brillante inmortalidad, y de ellos debemos enorgullecernos los ecuatorianos.” Seguramente el Sr. Mera fué quien hizo poner en el Diccionario de la Academia, esta definición peregrina: “Juta.—f. Ave de América, ma y semejante á la uca, que los *salvajes de tierra de Quito* crían en sus habitacio-

nes;" debió ser el mismísimo panegirista del Tirano, pues sólo el que descubre *salvajes* en tierra de Quito, puede cometer la irreverencia de llamar gran escritor á García Moreno en la patria de Juan Montalvo.

Los oportunistas liquidan los pingajos literarios aparte de los hechos comunes, y el bandido que pueda mover una pluma, ya sabe el precio de su rescate, en esa moral del embudo que hace dos porciones—el escritor y el hombre—para salvar al último por despreciable que sea.

Las sectas religiosas y los gobiernos autoritarios, en consorcio con todos los que explotan á los hombres, declaran sobrantes y perniciosas las palabras que sirven para expresar las quejas de los débiles y el sufrimiento de los oprimidos, y dan la venia solamente á los que llevan su marca de fábrica; pero los mismos que castran el lenguaje de los vencidos por la fuerza ó la desgracia, se valen del repertorio vedado, sin fórmulas ni cumplimientos para desahogar sus odios; de suerte que los mismos términos son indecorosos y punibles en boca de los hombres de bien, y recatados y justos si los profieren los malvados. Los oportunistas, como es natural, encuentran que eso está muy bien hecho, se asocian á la gavilla y echan mano de la lengua, para arrojarla como botín de salteadores en manos de los rábulas, lo jueces y los alcaides. Entonces sí reina el orden, florece la literatura y pueden salir bajo palio la letra pastrana y la pluma de ganso ex-

humadas por la gente devota del nido de las urracas; entonces es cuando se esponja la Gramática, la venerable Gramática que de España nos vino con el gálico, el catolicismo y las barajas.

Acostumbrada la sociedad á oír como única voz la de los palaciegos y sacristanes, se pone nerviosa con el acento de los escritores independientes, porque juzga que le han de cobrar á ella la audacia de los ótros; en efecto, sucede que la rabia de los tiranos fustigados, se convierte en azote de justos y pecadores, y de aquí deducen los oportunistas que es prudente callar, como si en algún caso fuese compatible la dignidad del escritor con el miedo.

Si escribimos, hemos de decir la verdad. Los periódicos y los libros que se componen con el bedel á la espalda son muestras de caligrafía más ó menos estúpidas. Si hoy decimos únicamente lo que nos permiten los opresores y la sociedad meticulosa, mañana aquéllos y ésta se descargan con nuestras palabras, como la prueba de nuestra complacencia. O el silencio, ó el grito: nada de circunloquios, ni apólogos, ni charadas.

Así lo ha entendido Rafael Uribe Uribe, nuestro único diputado radical en el actual Congreso de Colombia. El solo se mide en las Cámaras con los personeros de Caro, que lo acometen rabiosos en la porfía de alcanzar sonrisas y agazajos del amo. Uribe no los cuenta; levanta su maza y la descarga como el herrero

atento á su trabajo; desborda su elocuencia por los campos de la Regeneración sin preocuparse por los lamentos de los que naufragan en la borrasca; habla como un guerrero en la víspera de la batalla; es grave, altivo, imponente; no quiere el aplauso de los oportunistas, y se basta y sobra con el aprecio de sí mismo. Dice en la tribuna: "Montañés, agricultor, me declaro de antemano incapaz de hacer frases y de disfrazar mi pensamiento con los adornos de la retórica y los rodeos del disimulo. Como aquel campesino del Danubio que ante el Senado de Roma denunció las depredaciones de los pretores procónsules, no será culpa mía si la verdad —de suyo desagradable y amarga para gentes predispuestas á no oírla porque contra ellas va— resulta aún más repulsiva por la desnudez con que no podrá menos de presentarla quien no ha aprendido á hacerlo de otro modo."

Cuando leo á Vargas Vila y oigo á Rafael Uribe, me provocairme á mis compatriotas y gritarles: ¡no estáis muertos, palpaos, viva la República! ¡Ah! el publicista ilustre no puede pisar el suelo de la Patria, y el tribuno denodado tiene sobre su pecho el puñal, á sus pies el calabozo y en la oscuridad la muerte! ¡Pobre Colombia! pobre Polonia!

Cuando un partido vence después de larga cautividad, á cualquiera le parece que lo primero que debe hacer, es decir todo lo que ha callado bajo el rigor de la cadena; pero en el Ecuador muchos de los vencedores en 1895, sostu-

vieron que era más discreto no decir la verdad ó decirlo de modo que tuviera el beneplácito de los vencidos, que era lo mismo que consultar á los conservadores y á los clérigos lo que había de escribirse sobre ellos. De esta suerte las cosas iban á quedar como antes, sin que nadie se explicara á fondo el motivo de una transformación sangrienta y costosa para llegar á fines tan ingratos. El adefesio provenía de que á la masa de los vencedores se mezclaron muchos hombres del antiguo régimen, los cuales se declaraban copartícipes del triunfo, con la denominación ambigua de liberales, pero sin valor para desprenderse íntimamente de lo que por muchos años fué su culto y provecho. Seguía-se de aquí que la opinión de los advenedizos pesaba como propia del partido, lo que introducía mucha confusión en los encargados del fiel de la balanza; tanta confusión, que á veces los tomaron por los sinceros representantes de la opinión nacional. De esto se aprovechaban aquellos apósitos del radicalismo para enervarlo, y en poco estuvo que lo consiguieran, si los conservadores no han sido tan díscolos y temerarios para lanzarse á la revuelta en 1896.

En aquella confusión de ideas, apareció el diario de que me ocupo, con bandera roja, en lenguaje claro, con fines precisos y echándole la capa al toro, representado en los godos, los frailes y los oportunistas. En el presente volumen están muy barajados los artículos y no

llevan orden cronológico, lo que es de lamentarse, porque no se aprecian bien las circunstancias en que se escribieron, y porque en la concatenación que tienen en *El Pichincha* original, constituyen verdaderos trozos de historia; además al formar el tomo se le agregó al material primitivo lo que estaba acopiado para proseguir la publicación del diario, y mucho aparte de esto. Daré una muestra de la propaganda que contiene el libro, tomada para mayor claridad de los artículos publicados en *El Pichincha*.

Política y oportunismo.

“La misma masa del pueblo, caldeada por la hoguera de la prensa y de la tribuna, admitía el credo radical, menos por sindéresis, que por lo que le era propicio á sus nervios, por lo que se ajustaba á los impulsos de justicia, que son el resorte de los pueblos activos.

Así dispuestos los ciudadanos, comparecieron en jornadas tremendas, que serán clásicas, y cuando Alfaro llegó, tenían en sus manos trofeos de guerra arrancados al despotismo.

Llegaron de otra parte gentes ambiguas, que las circunstancias enardecieron; personajes que asociaban al movimiento no la voluntad de ser libres sino la voluntad de ser árbitros; otros, sorprendidos por la borrasca, que iban sin rumbo, como los leños en las aguas bravas, y para que nada faltara, había también detritus y aluviones de las dictaduras....

Mas se quiso purificar la bandera de la Patria, convertida por los terroristas en el rebozo de una me-retriz, y acalláronse los reproches.

Alfaro tomó en las manos la insignia profanada y fué á la guerra: el sol de las pampas libres, dió á la bandera su amarillo de oro; empapada en la sangre de los héroes, lució más vivo el rojo espléndido, y su azul empalidecido quedó retocado por la victoria en el éter sobre las cumbres de los más altos montes.

En una guerra en que la fatiga es de todos, el triunfo es de ninguno; pero aquí se subordinó el combate al programa bien conocido de Alfaro y á la fuerza incontrastable de los radicales.

En consecuencia, el triunfo fué radical y quedaron saldadas las cuentas de los advenedizos con el último disparo.

Porque lo que seguía era de doctrina, que no obligaba sino á los miembros de una misma Comunidad, filosófica y política, que por sus antecedentes y el hecho de ser Gobierno, adquiriría el compromiso de regenerar la Patria, conforme á su Escuela y á sus procedimientos.

Los aliados que aceptaron de esta manera la reforma, profesarían en el radicalismo; pero después de algunos años de noviciado que justificaran la sinceridad de una conversión tan súbita.

A los díscolos é impenitentes, se les echaría en horamala, sin más preámbulo.

Tal debió ser la primera etapa de la revolución." (*Zapadores*, págs. 11 y 12).

.....
"A cada pueblo según su manera de ser, es una equivocación, porque querría significar que las multitudes pobres, débiles, embrutecidas ó esclavas, son inhábiles para gozar del patrimonio de la humanidad pensadora, que hace felices á las naciones cultas.

La especie humana no necesita repetir su experiencia en cada comarca, y sus conquistas seculares son el acervo común de los hombres en todo el haz

de la tierra.

Se admite sin esfuerzo esta verdad, al tratarse de los adelantos materiales.

No inventamos el telégrafo, el vapor, el teléfono, la luz eléctrica, etc., etc. y nos servimos de ellos.

Asimilamos á los métodos modernos nuestro trabajo; vestimos como los europeos y tomamos, por ejemplo, el vino de Burdeos y el té de la China, si nos acomoda.

Pero cuando se trata de política, de organización de la República, de instrucción, de moralidad, de renovación en suma, los que ayer eran radicales ostentosos, nos vienen con la pamplina de que es necesario atemperarse á las circunstancias.

Fuera de la obligación en que está un partido de predicar sus doctrinas: ¿qué oportunidad más clara que la de la victoria por las armas?" (*Sonsaca, págs. 155 y 156*).

.....
"Creérseles necesarios, (á los terroristas) es crece-
los buenos; creerlos buenos, juzgar que así lo fueron
antes, lo que significa la absolución del despotismo,
porque el que es causa de la causa, es causa de lo
causado.

Mirando por otro aspecto la cuestión, ninguna
falta hacen esas medianías que caben con sus conoci-
mientos en la copa del sombrero que usan, y cuyo des-
tino manifiesto es tener destinos públicos. Se cuelan
á las oficinas arrastrándose de barriga, los aporca la
basura de los Gobiernos como á una era de coles, des-
empeñan su tarea mecánica, como quien mete caña
en el trapiche, y cuando el uso los vuelve inservibles
se proclaman indispensables. Como no había vigi-
lancia, publicidad ni crítica, los devoradores permanec-
cían en sus puestos por el tiempo indefinido que les
acomodaba ser lacayos." [*Sursum, pág. 462*].
.....

Clérigos, frailes, etc.

“Cuando los conservadores son Gobierno, dirigen la enseñanza de acuerdo con sus intereses, sin preocuparse de la verdad científica; y la encomiendan de preferencia á los jesuítas, ó sus similares, que son maestros dóctos para formar generaciones enteras de amos y de esclavos.

Los jesuítas no carecen de conocimientos, pero los dirigen al fin único de conservar su autoridad, en consorcio con el despotismo, para mantener sumisos á los pueblos y explotarlos en provecho común de entrambas calamidades.

Cuando se apoderan de una generación, la convierten en instrumento pasivo de la autoridad, mancomunada con ellos, y por lo tanto, en un baluarte de los tiranos, en una amenaza contra la independencia y libertad de las naciones, y más, si cabe, contra la forma republicana democrática, de la cual son enemigos natos.

No permiten el examen de los hechos, que no sea conforme á su pauta, y anulan la iniciativa personal, por el mandato y el dogma; de donde resulta, que forman un rebaño de hombres, más ó menos inteligentes é instruídos, pero que no sirven, sino que estorban, á la felicidad pública.

Caracteriza á sus discípulos la obsecación y el odio, que les hace tener en menos la familia, el país y cuantos sentimientos contrarían sus inclinaciones aberrantes.....

Apenas una nación cae bajo la tiranía, aparecen en el profesorado los jesuítas y sus á láteres, como lo más indispensable para que medre y se afiance la violencia.....” (*Al despertar*, págs. 474 y 475).

.....
“Otros sabrán que las comunidades religiosas son un rezago de tiempos sepultados ya en la histo-

ria; que se componen de los que rehuyen la lucha leal por la existencia para emboscarse en la credulidad y explotarla, y que labran la ruina económica de las naciones, por su modo de adquirir y administrar la riqueza; pero al sencillo pueblo, que no está avezado á las metafísicas, le basta saber que los frailes meten la mano en su bolsillo, para desear que el diablo cargue con ellos y los conventos.” [*Mano de hierro*, pág. 512].

“Al reclamo de García Moreno, dejaron su madri-
guera todos los especuladores de sotana, que estaban acéfalos por su ineptitud en Europa, y se vinieron al Ecuador, donde por tres centurias se había arado la conciencia en beneficio de la rapiña eclesiástica.

Ya encontraron embrutecido y esclavizado al pueblo, el que estaba ahorcado con los rosarios de la iglesia ó degollado con las bayonetas de la dictadura; ya encontraron la muchedumbre indígena doblada al yugo del trabajo para abastecer á los clérigos; ya encontraron á la aristocracia del dinero y de la sangre, en liga mística para esquilmar á los infelices; ya encontraron autoridades que le prestaban al despojo el brazo secular de la justicia; y viendo estos horizontes de tan halagüeña perspectiva para el lucro vil, creyeron seguro su acomodo para toda una eternidad de concupiscencias monacales.

La conciencia del indio no habría de resucitar en el sepulcro de su propio cuerpo; la masa del pueblo desheredada estaría para siempre bajo la férula religiosa; los hombres acaudalados se apoyarían en la disciplina tributaria de los conventos, que les serviría de modelo para las gabelas en sus grandes feúdos; los dictadores les prestarían mano fuerte, incondicional á los sacerdotes que les daban esclavos y esbirros: éste, pues, era el mejor de los mundos imaginables

para la codicia; aquí se había trasladado el Paraíso aquel que se perdió por una higa." [*Ciclón*, págs. 518 y 519].

“No es de ahora, sino de hace muchísimo tiempo, que el pueblo está irritado contra los religiosos extranjeros, de ambos sexos, de los cuales unos embrutecen sus hijos, cobrándoles muy caro por añadidura; otros, disfrazados de trabajadores y maestros, arruinan á los artesanos del país, fuera de desacreditarlos; otros se van como misioneros á robar, idiotizar y esclavizar á los indios, impidiendo la colonización civilizadora; otros se hacen dueños del suelo por medio de limosnas, cuyos beneficios van á los bancos de Europa, para no volver jamás; otros se reparten por todo el territorio como un flagelo, á cobrar á los infelices contribuciones estúpidas de diezmos y primicias; otros se encierran en los tabernáculos de los fetiches milagrosos, para enriquecerse con la credulidad dadivosa; otros establecen en los conventos grandes gerencias de negocios; otros se engordan con lo que atrapan á los feligreses y viven en los claustros en la estupidez contemplativa de la panza; otros, ú otras, so la capa de la Caridad hacen un servicio pésimo de hospitales, como que mezclan la superstición con la ciencia; otros ú otras tienen reclusión de mujeres con el pretexto de enseñarlas, ó presidio de las mismas con el pretexto de corregirlas, ó se están allí hasta que las fecundé el Espíritu Santo, por la persona de los sacerdotes. . . . Es decir, un pueblo de ladrones, de mendigos, de haraganes, superpuesto al pueblo legítimo, que trabaja y suda en el afán diario por la vida honrada.” (*Rompe cabezas*, págs. 593 y 594).

El Pichincha fué excomulgado, se hizo de él asunto trascendental y murió en manos de

los fanáticos y oportunistas. Tuvo el acierto de ver el peligro, de anunciar la guerra, de señalar á los enemigos emboscados del Gobierno y de propagar muchas y muy útiles reformas; sintetizadas en la instrucción pública laica, obligatoria y gratuita; la extinción de las comunidades religiosas; la abolición del Concordato; la suprema inspección de cultos; la redención y protección de la raza indígena; los ferrocarriles al Pacífico, y un ejército sólido para defender las conquistas de la revolución contra los avances de la teocracia y los manejos de los *terroristas*. Fué leal á la persona de Alfaro, cuya autoridad era incuestionable, cuyas ideas no tenían sombra y cuyo patriotismo respondía del porvenir de la República. Hay mucha efusión, mucho candor, muchos adjetivos graciosamente prodigados á los amigos en ese diario; pero queda un fondo de doctrina pura, y un calor de polémica suficientes para darle vida y salvarlo de la prueba de la reimpresión, tan desfavorable para los artículos de periódico, condenados á morir al día siguiente, si el talento y el arte no les infunden vitalidad y belleza.

En esta colección hay multitud de datos útiles para la historia de los últimos acontecimientos, y mucho caudal para conocer la política y los hombres del Ecuador en los dos años postreros, así como miradas retrospectivas á la historia patria, en donde está la clave de los sucesos presentes. Vemos la relación de las batallas de 1895 y 1896; los nombres de los

militares distinguidos con la referencia de sus hechos más notables; el curso de la administración del Estado; los negocios eclesiásticos; la situación del Clero; las aspiraciones de los partidos; la conducta de los gobernantes; el papel de la juventud; el afán de pueblos revolucionarios como Guayaquil, y de pueblos reaccionarios como Cuenca; el despertar de Quito; el trabajo de los emigrados: guerra, política, filosofía, religión, costumbres, historia, crónica, cuanto abastece á un diario en momentos de lucha que serán inolvidables.

El Sr. Aristizábal enseña á la juventud con su libro, que hay otros caminos para el talento y la virtud, que no son las veredas que le han hecho recorrer los tiranos, por entre falsos conceptos de la vida, enseñanzas caducas á imposiciones dogmáticas; y que en la prensa, redimida la juventud por el estudio despreocupado, tiene un escenario maravilloso para prepararse el día que viene, que es el suyo, y gozarlo feliz, sin las vicisitudes de los que la han precedido en las fatigas de la democracia. De no,

Ay! . . . las generaciones venideras
Nada sabrá de tí . . . porque abatida,
Soñando con hermosas primaveras
Muriendo estás, en manos traicioneras,
En pleno invierno al comenzar la vida!

(*Julio Flores, pág. 747*).

Los asuntos capitales que *El Pichincha* examinó, se presentan con interés creciente al

análisis, para ser resueltos por la Convención que va á reunirse.

En primer lugar el clero.

Si las comunidades religiosas han sido perjudiciales al país, porque lo hayan embrutecido, explotado y tiranizado; si por su origen, su constitución y sus fines son antagonistas de la República y de los principios del partido radical; si le han prestado apoyo al despotismo con sus recursos morales y materiales, y se lo prestan todavía á una reivindicación liberticida; si figuran sus miembros entre los cabecillas rebeldes y con el dinero que manejan hacen levas contra el Gobierno dentro del país y en el extranjero; si los inmensos recursos que poseen los habilitan para mantener en jaque al Poder y en peligro las instituciones republicanas; si los caudales que retienen son del público por haberse sacado del haber de todos los ecuatorianos; si no se ha dado el ejemplo de que las comunidades religiosas sacrifiquen sus institutos particulares á las leyes generales, ni sus privilegios sectarios á las conveniencias democráticas; si no pueden coexistir en una misma Nación dos Poderes, úno que emane de la soberanía del pueblo y ótro del capricho de algunos individuos que lo supeditan; si es verdad que todo organismo que no se defiende perece en la lucha por la vida, y si esta lucha es natural, justa é indispensable para los partidos, —se viene en conclusión que las comunidades religiosas deben desaparecer de la escena,

y los bienes llamados de manos muertas ingresar al Tesoro público.

Pensar un solo momento en modificar á los frailes es un contrasentido, y esperar á que el pueblo ignorante se desprenda de ellos, sin la iniciativa del Gobierno, es una candidez; porque si los frailes ceden un punto de su regla, dejan de ser frailes; y si se les conserva la autoridad que tienen, usarán de ella sobre el pueblo, como lo han hecho, para mantenerlo en la sumisión y obediencia que les conviene. Los que aplazan la medida, aceptan la necesidad y urgencia de llevarla á cabo, en tiempo más ó menos largo; pero no comprenden que la demora lleva consigo la amenaza, y permite á los interesados defenderse con todos sus recursos; y olvidan que bala avisada no mata gente.

Hay un Chimborazo de frailes: los muros de este gran convento del Ecuador, se estrechan, se juntan, se enroscan á la garganta del pueblo que saca la lengua como un ahorcado monstruoso. Pero se dice: ha vivido el país con las comunidades; puede seguir en paz con ellas; respételas el Gobierno: que ellas respetarán la autoridad. Sofisma de los oportunistas: No se le preguntó al país si las quería, sino que se las impuso; no ha vivido en paz con ellas, más dentro de sus garras, forcejando por liberarse; y no es lo mismo un gobierno radical, que los gobiernos ultramontanos. Le sirvieron al despotismo como aliadas, las trajo García Moreno para consolidar su tiranía: ¿pueden

al mismo tiempo hermanarse con la Libertad y colaborar á los fines de la Revolución? Porque nadie es tan simple para creer que los monjes se estén quietos, sin tomar algún partido, y menos conociéndoles su índole batalladora, peculiar á los frailes ambiciosos, y característica de los de aquí, de cepa de conquistadores únos, y ótros importados de entre los más levantiscos de Europa, para amoldarlos á la fogosidad de nuestras luchas.

Para fundar el Gobierno propio de las Naciones que han querido ser libres verdaderamente, se eliminaron los conventos, ó se los redujo á mínima expresión, pero jamás los reformadores les concedieron los privilegios excepcionales, ni les dieron la categoría inucitada que tienen en el Ecuador. Por haber procedido así: ¿han sufrido las naciones en su grandeza ó los individuos en su conveniencia? Algunos países toleran á los frailes, sometidos á ley común, y no es raro encontrarlos en las naciones protestantes, pero hilando muy delgado, para gozar de la hospitalidad que se les concede, que no les dispensa favor especial, fuera del derecho consuetudinario que protege á los ciudadanos ó súbditos. Si se probara que aquí hacen falta, y que no pueden ser reemplazados á menos costo y peligro, ya sería algo; pero son perjudiciales y gravosos, sin utilidad de ningún género. Aparte de servir á los malos Gobiernos, ¿qué han hecho? Fuera de enriquecerse, ¿en qué se han ocupado? Omitidas sus excursiones

vandálicas contra los indios, ¿cuáles son sus empresas heroicas? El misterio del claustro les presta un carácter novelesco, adecuado para impresionar á la gentuza, y á falta de merecimientos propios, sacan á brillar proezas mentirosas de sus antecesores, y la muletilla aquella de que los monjes salvaron la civilización en la Edad Media; no tienen más; pero cuando se examinen las causas del estado social del Ecuador, los frailes y el clero católico en conjunto, responderán del atraso, de la ignorancia y de los crímenes, en primer término, porque á ellos se les confió la dirección de la conciencia de los ecuatorianos sin contrapeso alguno.

Defiéndelos el Concordato, que es la mayor ignominia clerical porque han pasado estos pueblos; una Carta insólida de esclavitud á Roma, que entrega á los eclesiásticos la soberanía de la República y el derecho de los asociados. Conservarlo sería una mengua.

Mientras los países cultos abren campo al trabajo forastero, sin preguntar á nadie la fe que profesa, el Concordato aísla al Ecuador con esta declaración salvaje: "La iglesia católica se conservará siempre con todos los derechos y prerrogativas que debe gozar, según la ley de Dios y las disposiciones canónicas. En consecuencia, jamás podrá ser permitido ningún otro culto disidente, ni sociedad alguna condenada por la iglesia." [*Art. 1º*]

A tiempo que la Ciencia se independiza de lo sobrenatural, para volver los ojos á la tierra,

en donde el hombre nace y acaba, goza y padece, el Concordato la sujeta á la Revelación y la entrega al Catolicismo maniatada y horrible: "La instrucción de la juventud en las Universidades, colegios, facultades, escuelas públicas y privadas; será en todo conforme á la doctrina católica." [Art. 3º]

El libro es inmune donde quiera que hay un poco de luz, es el viajero del pensamiento que va publicando por todas las zonas los afanes de la vida humana; el Concordato lo para en su carrera excelsa y declara, poco más ó menos, que el Ecuador no necesita de libros: "Además los prelados diocesanos conservan su derecho de censurar y prohibir mediante cartas pastorales y decretos prohibitivos los libros y publicaciones de cualquier naturaleza que sean, que ofendan al dogma, la disciplina y la moral; debiendo también el Gobierno adoptar las medidas oportunas para que dichas publicaciones no se propáguen en la República." [Art. 3º]

Juzgan de nuestras acciones los jueces naturales, aquellos que nos damos al sacrificar parte de nuestra libertad para establecer la Justicia, mas el Concordato nos entrega á la Curia sin apelación: "Así, pues, el Gobierno dispensará su poderoso patrocinio y apoyo á los Obispos en los casos en que los soliciten, principalmente cuando deban oponerse á la maldad de aquellos hombres que intenten pervertir el ánimo de los fieles y corromper sus costumbres." [Art. 6º] "Los jueces eclesiásticos pronun-

ciarán sus juicios sin sujetarlos al dictamen previo de asesores seculares á quienes, sin embargo, podrán consultar cuando lo creyeren oportuno." [Art. 7º] "Todas las causas eclesiásticas y especialmente las que miran á la fe, á los sacramentos [comprendiendo las causas matrimoniales] á las costumbres, á las funciones santas, á los deberes y derechos anexos al sagrado ministerio, sea por razón de la persona, sea por razón de la materia, pertenecen á los Tribunales eclesiásticos." [Art. 8º] "En todos los juicios que sean de competencia eclesiástica, la autoridad civil prestará su apoyo y patrocinio, á fin de que los jueces [eclesiásticos] puedan hacer observar y ejecutar las penas y las sentencias pronunciadas por ellos." [Art. 8º]

El país jadea, agoniza con el peso de la holgazanería frailesca, y el Concordato salva la dificultad por el exceso del mal: "Además de las órdenes y congregaciones religiosas existentes ahora en la República del Ecuador, los ordinarios diocesanos podrán libremente y sin excepción admitir y establecer en sus respectivas diócesis, de acuerdo con el Gobierno, nuevas órdenes é institutos aprobados por la iglesia, en conformidad á las necesidades de los pueblos, á cuyo efecto el Gobierno prestará su apoyo." [Art. 20].

El presupuesto de las diócesis ecuatorianas [amén de las uñas libres] se estima en \$ 245,804.76; por el Concordato se establece

una contribución predial del 3 por mil para cubrirlo, y cuando faltare dinero, el Gobierno se compromete á darlo para el culto, del impuesto del uno por mil sobre los fundos rústicos, y del producto de ochenta centavos por cada 40 kilogramos de cacao que se exporte de la República. [*Arts. 1.º y 3.º adicionales*].

Los liberales oportunistas convienen en que el Concordato es pésimo, pero que hay que conservarlo y cumplirlo porque al fin es un *tratado*. El de 1862 es obra de García Moreno; el de 1881 obra de Ignacio Veintemilla; el de 1890 obra de Antonio Flores. ¿Es posible que los radicales se hagan solidarios de la palabra empeñada por estos traficantes? Las naciones no son inmuebles que se traspasan por un contrato falaz, al primero que se presenta en nombre de Dios ó del Diablo; y por el triunfo radical, queda de hecho como si no se hubiese pactado ese padrón de infamia: que si los vencedores lo declararan bueno, asentarían en consecuencia, que Veintemilla y Flores deben gobernar al Ecuador perennemente, ya que el mundo tuvo la desgracia de perder á García Moreno.

El Concordato entrega á los conservadores por medio de los clérigos y los frailes la enseñanza de la juventud, en la cual fincan los sistemas filosóficos y sus derivados políticos, la preponderancia y duración, porque las generaciones que nos suceden son las que prolongan nuestro pensamiento más allá de la muerte.

Compréndenlo claramente los religionarios, y el Catolicismo busca hoy la conversión de las comunidades contemplativas, que hacen el papel de las cigarras, en grupos militantes y docentes, que hacen el trabajo de las hormigas; plaga el mundo de hombres y mujeres con hábitos, y sin ellos, afanados en mantener la juventud bajo la matrícula religiosa, para que el poder no se escape de las manos de Roma, y regimienta las falanges apostólicas que se oponen á la emancipación de las inteligencias nuevas.

Si los partidos y los Gobiernos no se empeñan en cerrarles el paso, triunfarán, adueñados de la política por medio de las mujeres, que influyen sobre los hombres, y del porvenir de la sociedad por la juventud, que espiga bajo su cuidado; y cuando la miseria y la tiranía nos despierten—si nos despiertan—tendremos que empezar otra vez la obra de independencia por medio del fuego y de la sangre. Para evitar nuevos sacrificios se establece la enseñanza laica, gratuita y obligatoria, con espíritu de propaganda.

La Filosofía Experimental, nos descarta de la Teología; la Moral Universal, del Dogma; las Instituciones Democráticas, del Syllabus, y tenemos los hechos, en sus causas y efectos, que constituyen la Ciencia, y la bondad y maldad inherentes á las acciones humanas, que constituyen la Moral.

¿Qué más? Quedan los clérigos belige-

rantes: pues contra ellos la réplica, si se sitúan en un punto conveniente; las leyes de tución, si se extralimitan, y las balas, si se pronuncian.

Abrevio; no es posible continuar, por lo angustiado del tiempo, en temas fecundísimos que están al orden del día, y serán discutidos en la Convención con el detenimiento y profundidad que se requiere en los asuntos fundamentales.

Vuelvo al libro para terminar. La *Mercurial Eclesiástica* es la cúspide. Lo que más nos interesa en Montalvo no son los asuntos, es la rareza con que los presenta, la sensación tan personal de él, la doctrina que exprime tan categórica y lozana. Acaso nos apartemos de su filosofía por vaga y dogmática, pero nos enamora su énfasis, la seguridad con que decide en todo, y la confesión desenfadada de sus simpatías y sus odios. Estos últimos tienen la atracción de lo prohibido: se queda uno con ellos, no puede olvidar lo que el escritor ha odiado. Averigua el viajero, verbi gracia, por el granuja de Veintemilla, un tiranuelo adrede, cruel, vulgar y cínico, como hay tantos, y no logra apartarlo en la memoria de la hipérbole de las *Catilinarias*. El rollo de la palabra de Montalvo abrumba: ha plantado una nueva floresta del idioma y se va por ella como un salvaje grandioso á caza de fieras y reptiles. Se requiere iniciación para comprenderlo, y gusto literario para admirarlo en sus pormenores ar-

Montalvo; diré también que hay que prevenirse para no caer en sus extremos, porque se deja ir en el aerostático de su fantasía y sin ser un ortodoxo es en ocasiones místico. Su gusto es serio y noble, y se lo facilita á los personajes de su agrado, así antiguos como modernos, lo que falsea la historia de una manera elegante, pero inconveniente. La naturaleza anima sus páginas con tal verdad y atractivo, que las cosas que describe del mundo real, tienen, por el jugo de la frase, una tentación irresistible. Ningún escritor hizo, por otra parte, mejor uso de su talento. Azotó á los pícaros en la plaza pública, colgó á los tiranos en una horca que puso sobre los Andes y sacó á la vergüenza los vicios del clero con un buen humor que da escalofrío. Sus obras matan, crean legiones, libertan pueblos. Son la cantera de los escritores libres: para que los tiranos de América vivan en paz, sería necesario que no hubiese existido Montalvo. Él nos manda odiarlos y matarlos!

Si os arrebatan las cosas grandes é infortunadas, leed en este libro el combate de Jaramijó escrito por Eloy Alfaro. Alfaro es Montalvo transfigurado en soldado y héroe: sus libros son sus batallas, sus poemas esos desafíos con la muerte, bellos y formidables, capaces de ilustrar la vida de un pueblo. El valor no llega á él sino que está en él, como la inspiración en Juan Montalvo; y como este insurrecto con la pluma, Alfaro ha hecho con la espada obras

de supercedera memoria. En sus manos el liberto en oro por la ley purísima de la convicción; no humilla como en la diestra antojadiza de los militares irascibles. En la pelea, su acerto se mantiene derecho, como en la fábula el humo del holocausto propicio, y en la sangre con que se tiñe de rojo luce el iris de la esperanza. Montalvo del mismo modo sembraba el espanto con sus palabras para anunciar el amanecer de un nuevo día. Parece que con la pluma del úno se hiciera Jaramijó, y con la espada del ótro se escribieran las *Catilinarias*, tan unidos estuvieron esa intención y ese brazo. Débeles el Ecuador mucho, el partido radical casi todo; ambos llevaron por las Naciones, como un estandarte, el alegato de los oprimidos, y recogieron las simpatías de la América por el Ecuador esclavizado. Han triunfado juntos; Montalvo no ha de faltar en los consejos de Alfaro, con la autoridad que le dan el genio, el apostolado, el martirio y la muerte.

Mi entusiasmo por Alfaro no es de invernáculo; muy joven seguí de lejos sus banderas en la prensa; me tocó más tarde conocerle en el destierro; le amé, le respeté, le admiré; fui testigo de su perseverancia, de su patriotismo, de su honradez en los días oscuros que tiene el proscrito; en diversos países me hice el eco voluntario y convencido de sus virtudes y de su propaganda; no he sospechado jamás de la integridad de sus ideas, y hoy, en el apogeo de la popularidad, lo veo de lejos, no he sido su

huésped, nos hemos tratado casi como desconocidos, porque él está en la altura, y yo voy por el valle á pie, sin pena ni inquietud por las alternativas de la suerte.

Vargas Vila aparece en esta obra con Montalvo y Alfaro. Le dedico una palabra, cuando merece un libro. Es el domador de leones sueltos. Lleva en una mano el látigo hecho de escorpiones luminosos y en la otra la escala por donde trepan á la celebridad los escogidos de su corazón ó de su inteligencia. Ama y odia en un desorden magnífico. Tiene siempre delante de sí un acusado que ha de morir á sus pies, y á poco que se empine en el pretorio descubre un cementerio lleno de los muertos con su pluma. No otra cosa son *Los Providenciales*. A los réprobos de la libertad les niega en la pira una sed de agua. Deja la piedad para los grandes infortunios, y nadie como él ha llorado con lágrimas de fuego sobre las ruinas de Colombia.

SOMATEN es el clamor de la lucha.

Démosle rienda á la pasión de ser libres: vamos allá, más allá de donde nuestro deseo se sacia y nuestro cuerpo nos sostiene. No llamemos vida al descanso, llamémosle muerte; no digamos hasta aquí, sino adelante; adelantel. Los esclavos que se rediman; los redimidos que se engrandezcan; los grandes que fulguren. Cerremos los ojos á la extensión; los oídos al tiempo, y hagamos del corazón un remo que nos empuje para forzar el destino. Vá-

monos impetuosos, salidos de madre, disparados: la existencia es bien corta para ir á la felicidad paso á paso. Al cansado démosle ayuda; de los muertos formemos un promontorio para divisar nuestra ruta. El que nos cierre el paso que perezca, si es poderoso; si es débil, llevémosle en hombros que será nuestro hermano. No haya paz con los fuertes; confesemos nuestra fe bajo el filo de la espada. Si la sangre nos salpica, dejemos que el tiempo la oree, porque no se borra la del justo, ni mancha la del tirano; ni la sangre por su propia virtud es sagrada. Démosle rienda á la pasión de ser libres, demósela: sin eso seremos hombres en busca de dueño, jamás dueños de nosotros mismos.

Abro el libro.

Juan de D. Uribe.

Quito, Octubre 5 de 1896.